

con contraposición excluyente, implicatoria. Resulta que por «novela experimental» puede sólo entenderse, si la palabra ha de ser entendida, aquella producción romancesca que descansa en la verdad; mas en tal sentido, la escuela no tiene nada de nueva, es tan vieja como el arte, tan vieja como el arte griego, como el arte latino, como el clasicismo francés, y de este aserto responden la epístola de Horacio á los Pisones, el arte poética de Boileau, todos los tratados de retórica conocidos. Por modo que el experimentalismo en la novela, de no ser una verdad añeja, es concepto radicalmente falso.

Hasta aquí la poética.

Hablemos ahora del estado actual del cultivo de la prosa.

Mucho bueno y mucho malo hay que decir de él.

Lo bueno no está en el periodismo, que en tiempo atrás pudo gloriarse con justicia de ser una manifestación literaria, en el estricto significado de la palabra. Él era trabajo manejado por nuestras eminencias literarias, incapaces de tolerar un solecismo ó un error geográfico, ni aun en la entonces parte informativa que se llamaba «gacetilla.» Eran diaristas, ó bien políticos de primera talla, con reputación hecha y aún celebrada de hombres de letras; ó bien jóvenes, cuyos talentos y estudios habilitábanlos para iniciarse en el debate de los negocios públicos. No es éste el modo de ser de nuestro actual periodismo, casi dedicado exclusivamente á la información, con lo que, si bien ya no es labor de profundos pensadores, de entidades literarias, no cabe negar que se ha democratizado, en el sentido de contar con una circulación diez veces mayor, lo que no se explica por sólo la baratura del periódico, sino, además, por la circunstancia de que aviva la curiosidad de más numerosa cantidad de lectores. ¿Y puede considerarse este estado actual de nuestro diarismo como favorable á los intereses de la civilización? Si así se ilustran las masas, no puede darse á la cuestión respuesta negativa.

Empero, cualquiera que sea el resultado, no es México el único país en que tal fenómeno se produce, cuando oímos á Sienkiewicz decir del periodismo que, si antes fué labor de artistas, ahora es trabajo de artesanos.

Mas si lo bueno no está precisamente en el periodismo, sí lo está, y de modo indiscutible, en las demás producciones afiliadas en la mera prosa. Lo bueno se encuentra en los tratados de ciencias, obra de nuestros sabios; en los discursos de nuestra academia, en las disertaciones y en las tesis de los candidatos al profesorado científico, muchas de las cuales tienen el valor y mérito de originales monografías, todas escritas con elegante pulcritud, con castiza dicción y riqueza de datos.

Tampoco sabrían ser desdeñadas las revistas literarias que con regular periodicidad salen á la luz pública. Tres son las principales que circulan en la capital: *El Mundo Ilustrado*, *El Semanario Literario* y *La Revista Moderna*. Son las dos primeras, ediciones dominicales de las empresas periodísticas *El Mundo* y *El Tiempo*; fomentada la primera por la munificencia del gobierno, la segunda por los intereses católicos, de que es órgano el diario á que sirve de complemento. La última es obra de una agrupación de nuestros jóvenes literatos de mayor fuste, y se distingue por el empeño en dar á sus páginas carácter y color esencialmente nacional. *La Revista Moderna* es campo abierto á los hombres de letras y á los artistas mexicanos que cultivan las artes decorativas de la tipográfica.

Guadalajara ha mantenido siempre revistas literarias muy interesantes, la última de ellas, *El Domingo*, ramillete de selectas flores literarias que verdaderamente endomingaba á la culta capital de Jalisco.

Las letras yucatecas nunca dejaron de contar con alguna revista á ellas especialmente consagrada. La más reciente, de que tengamos noticia, es *El Salón Literario*, en que lucieron sus conocimientos y su inspiración poetas, literatos y pensadores peninsulares. Nótese que la literatura ha caído en Yucatán en cierta depresión, que acaso pueda atribuirse al afán de enriquecer, despertado por la prosperidad material, que en progresión creciente ha venido desarrollándose en aquella tierra, de algunos años para acá. La *auri sacra fames* parece poner en olvido tradiciones gloriosas, mas no es de temerse que el infernal Pluto alcance á destronar á la celeste Minerva allí donde ésta ha recibido de antiguo apasionado culto.

Las galas de la oratoria han quedado reducidas á las solemnidades patrióticas y literarias, hecho de facilísima explicación, que no puede traducirse por decadencia intelectual ó de virilidad.

Nuestra oratoria ha sido un instrumento político, inspirado, primero, por el choque producido entre el espíritu moderno y el tradicionalista, que abarca el período histórico de 1821 á 1867; y luego, cuando la reacción quedó definitivamente vencida, por el conflicto de aspiraciones nacidas en el seno del partido liberal victorioso, entre el poder de un lado, á título de mantenedor del orden y del respeto á la ley, y del otro las reivindicaciones de los que se ostentaban celosos del funcionamiento recto y genuino de nuestras instituciones.

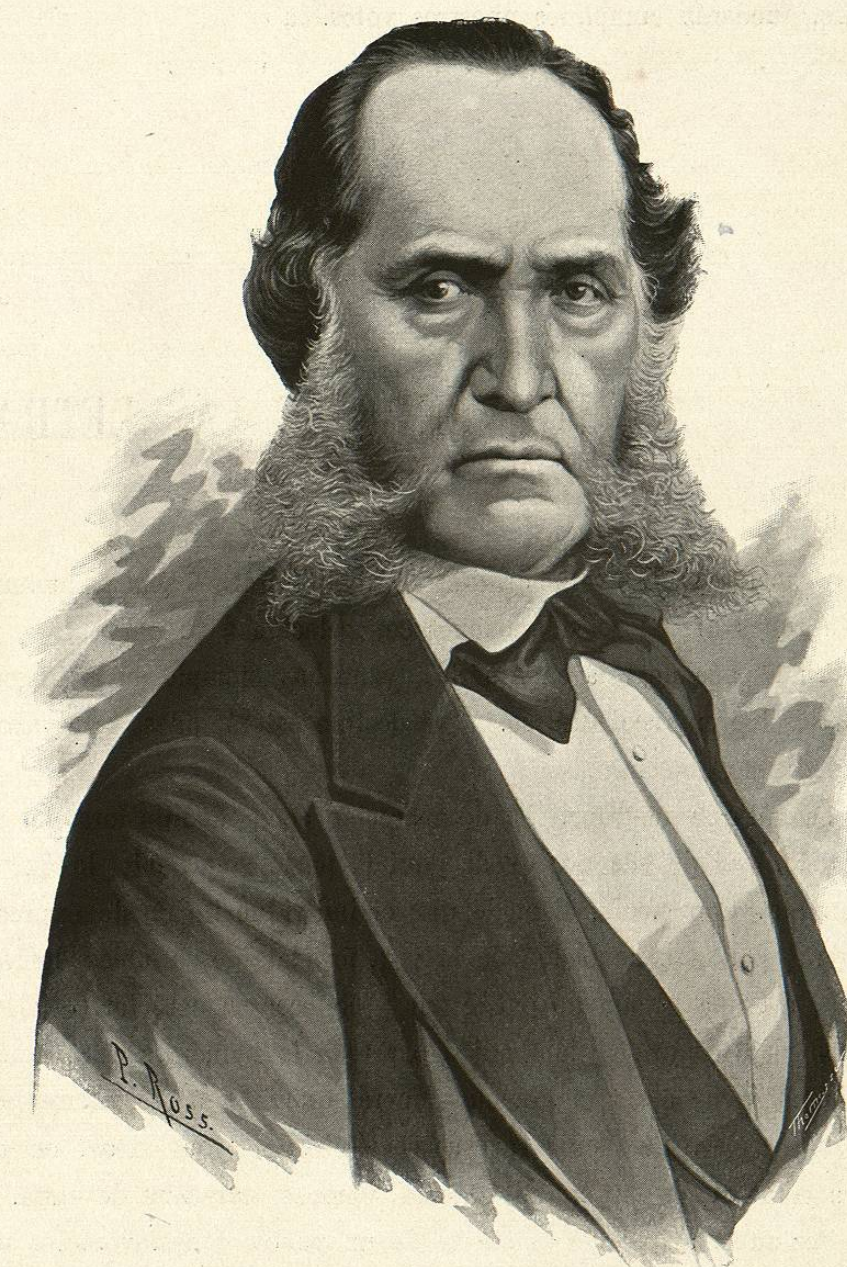
Fundidas, y no por arte de magia, sino por virtualidad económica, estas dos últimas tendencias, de esta armonía política ha resultado la desaparición de antagonismos, de ininteligencias, de desacuerdos, puesto que los intereses parciales son otras tantas fuerzas que actúan en una misma dirección.

Y esta capitulación de las viejas facciones no es siquiera turbada por la actitud contradictoria del que fué partido tradicionalista, puesto que *de facto* se ha sometido á la evolución política consumada. No lucha ya por el predominio de sus ideales; se conforma con que hayan muerto, y si los llora y aun ostenta vida, es únicamente en el periodismo, y más en calidad de censor de lo que piensan y hacen los hombres de la política, que como propagandista del sistema que antaño sostuvo.

Nuestra literatura existe; hay una literatura mexicana, que es la conclusión á que aspirábamos condujera el estudio á cuyo término tocamos. Como toda entidad que se manifiesta en el tiempo y el espacio, tuvo su germen, su desarrollo, su crecimiento, y al pasar por estos estados ha operado y continúa operando las evoluciones inherentes á los organismos dotados de vitalidad.

Ciertamente que no es cosa fácil sentir el pulso por donde una literatura puede revelar de momento su nacionalidad. Para descubrirla hay que estudiarla en todos sus géneros, único modo de ir distinguiendo sus rasgos fisionómicos, su individualidad privativa.

La observación nos enseña cómo la civilización tiende á la universalidad. Laboratorio inmenso que viene fundiendo los tipos particulares para vaciarlos en un molde general, marcha de la variedad á la unidad. Y en este tipo general que la civilización crea, solamente por el atento estudio pueden discernirse las particularidades propias de cada pueblo. Si por la acción ineludible de ella los usos y costumbres de una nación se cambian por los de otra, erigida en modelo por causa de su superioridad, ó por la simple afición humana á imitar lo que juzga mejor que lo doméstico, ¿qué mucho que la literatura de un pueblo, que no es otra cosa que el reflejo de su vida íntima, se modifique, cambie y tienda á asemejarse á otras literaturas? Esta ley tiene sus excepciones, es verdad; su cumplimiento depende del grado de resistencia que una gente oponga á invasiones extrañas, pero esa resistencia tiene un límite, que si no se quebranta puede



D. Vicente García Torres

ocasionar la desaparición del pueblo resistente: lo que no se adapta al movimiento de la civilización es arrollado por ella. Obra de la civilización es la de que venga realizándose la unidad de la especie humana: las razas van desapareciendo, y dentro de poco la etnografía quedará reducida á ciencia de erudición, pues todo lo que acerca de ella verse, será ya asunto de simple geografía.

No podemos negar que el presente trabajo carece de un plan definido; probable es hasta que se le encuentre asaz deshilvanado, mas si por él logramos producir en el ánimo del lector una impresión de conjunto, es á saber: que México posee una literatura no acreedora al desdén, no la más atrasada del mundo culto, quedarán cumplidos nuestros votos.

PORVENIR DE LAS LETRAS PATRIAS

Conocida ya la evolución de nuestra literatura, hasta el momento actual, no se tendrá por ocioso expresar algunas breves consideraciones con relación á su porvenir.

Ya España no está en América, y no hay ejemplo en la historia de que una vez deshechos los grandes imperios logren reconstruirse. ¿Qué destino estará, pues, reservado á esta nuestra literatura, hija de España por legítimo abolengo?

La antigua metrópoli ha desaparecido como dominadora del mundo que ella civilizó, mas no se fué del todo, que de ella nos queda aquí la parte más noble, lo que es imperecedero, el alma de los pueblos, la lengua. Con efecto, al modo que el individuo no puede expresar su pensamiento sino por medio de la palabra, por la articulación de la voz, formada de variables elementos fonéticos, que es lo que constituye el habla, así una nación no puede dar á conocer su carácter, tendencias y aspiraciones, sino por medio de un lenguaje conocido y entendido por toda la numerosa agrupación que la constituye. De donde la lengua ó idioma viene á ser el vínculo general que liga á esa agrupación en un común interés, el instrumento de que se sirve para expresar sus sentimientos y sus ideas, en tal manera en él encarnados, que sin él fuera como si no sintiera ni pensara, como si careciera de alma.

Por adversa que sea la suerte de un pueblo ó desfavorables sus condiciones de existencia, aun cuando se encuentre sujeto á extraña dominación, en tanto conserve su propia lengua, tiene derecho á alentar la esperanza de establecer su autonomía, con todos los atributos á ella inherentes. Y esto es tan exacto, que el primer empeño de los conquistadores es substituir en el país conquistado su propia lengua á la de los indígenas, pues sienten que mientras los conquistados conserven su habla no se los habrán asimilado, antes mantendrán una solemne protesta contra los hechos consumados, un elemento de resistencia que ni el transcurso del tiempo será bastante á vencer. La verdad de esta legítima aprehensión compruébala el hecho histórico de las reivindicaciones nacionales que tan vivamente se manifestó en la recién pasada centuria, ocasionando guerras formidables é imponiendo tanta y tan ardua labor á la diplomacia.

Nosotros los mexicanos tenemos, gracias á Dios, perfectamente asegurada nuestra autonomía y no nos amenaza riesgo de que sufra menoscabo; de modo que nuestra habla está exenta del peligro de verse substituída por otra, mas no puede decirse lo propio de su inalterabilidad.

Avicinados por el Norte á una gran nación, que es un coloso en América, de origen y lengua diversos á los nuestros, con quien nos hallamos en contacto íntimo, es inevitable que su habla y su literatura se vengán infiltrando en la nuestra de modo lento, gradual é inadvertido. Hasta estos últimos años tal

fenómeno no se había producido, porque no obstante la vecindad, una aversión instintiva nos retraía de su contacto, temerosos hasta de los beneficios que del trato común pudieran venirnos, y como los troyanos de los griegos, temíamos hasta sus dones. Empero, semejante temperamento no podía subsistir indefinidamente: la necesaria expansión de un vecino poderoso sobre el vecino relativamente débil, habría acabado por quebrantar por la violencia la voluntaria y premeditada obstrucción que se le oponía. Una guerra internacional, en la que es probable no nos hubiera tocado la mejor parte, habría sido el final resultado.

No faltan entre nuestros compatriotas quienes movidos por un noble, aunque equivocado sentimiento de patriotismo, deploran que no mantengamos la actitud de cuasi hostilidad que de tiempo atrás teníamos asumida para con el pueblo yanqui, sin reflexionar en que, rota por nuestras propias manos la muralla china de la intolerancia que parcialmente nos aislaba del mundo, que adoptadas para nuestro régimen político instituciones similares á las de la vecina septentrional, ha venido á hacerse imposible toda repulsión. Por otra parte, ¿en qué podría fundarse ésta? ¿por ventura en que es una nación poderosa, en que procede de otra raza, en que habla lengua diversa de la nuestra? Esto sería insensatez. No, semejante motivo nadie osaría invocarlo. Ni por poderosa, ni por su diversidad de origen y de idioma seríamos antipática; seríalo únicamente por razón del agravio, del daño, de la humillación que ella nos infligiera.

El egoísmo, la vanidad, la obcecación harán siempre que imputemos á extraña culpa el mal que sólo es efecto de nuestras propias torpezas. Y respecto de los males que del vecino recibiríamos, si hemos de ser sinceros y rectos, habremos de reconocer que ellos fueron obra de nuestra inconsecuencia, de haber querido cambiar por las viejas vestiduras de la dominación colonial, que ya habíamos desechado, las nuevas, que, adecuadas ó no á nuestra condición política, ostentábamos á la faz del mundo. El federalismo, que para la mayor parte de nuestro territorio fuera una pura ficción, no lo fué para Yucatán ni para Texas; no para aquél, porque desde que se incorporó á la nueva nación, producto del triunfo del Plan de Iguala, hizolo por pacto expreso, por estipulaciones que establecieron derechos y obligaciones recíprocos entre las partes contratantes; no para éste, porque sobre haber tenido una existencia semi-independiente en la época del virreinato, la mayoría de su población era de origen diverso de la de la Nueva España, habíanse en él manifestado conatos separatistas, y la declaración pública de Esteban Austin, respecto de la adhesión de aquel Estado al régimen federalista, constituía una especie de pacto implícito respecto de las condiciones con que el pueblo texano se afirmaba en la dependencia de la Unión Mexicana. Estas peculiares circunstancias en que quedaron colocados Yucatán y Texas, aun en el supuesto de que el federalismo se estableciera sin precedentes legales, hacían que para aquellas dos entidades no tuviera nada de ficticio, sino que debiera considerarse como real y efectivo.

Por tal manera, la actitud de Texas al romperse el pacto federativo fué racional y hasta legítima, y



D. José María Iglesias